

Una vez que cruzaron Guanteros y dejaron atrás la casa de Julio Mocho, la tierra se abrió en sus dos vertientes esenciales. Caminaban sobre el lomo de la cordillera, con el cañón de San Juan a la izquierda y el de San Julián a la derecha, siguiendo el camino real de Malabrigo. El polvo era abundante pero aún estaba adormecido por el rocío del amanecer. La escuela se erguía a la vera del camino, más allá del Calvario. Era un caserón de tapias encaladas y techo de tejas de dos aguas expuestas al estropicio de los vientos y al embrujo de la niebla de los Andes. Pero el día estaba limpio y las cosas tenían un resplandor intenso por la novedad del sol de diciembre.

El primer transeúnte con quien se toparon era un forastero montado en una mula de color canela, y lo que más les llamó la atención fue su aire mayestático y el colorido ostentoso de su parafernalia. No montaba con la flexibilidad de un jinete, sino con la rigidez de un aficionado, lo que le concedía la altivez de una estatua. No llevaba carriel ni sombrero, sólo una cartera de mensajero y un tocado de piel de carnero parecido al gorro frigio, y, en vez de zurriago, portaba una vara de distinción semejante al caduceo de Hermes. Anatolia reconoció los mismos colores azul y rojo

del sombrero del delegado repetidos ahora en el conjunto de la autoridad del forastero: en la franja que lucía terciada en el pecho, en la serpiente reptante de la vara de distinción, en los zamarros que protegían su vestimenta oficial y en los aparejos de la mula. Era uno de los heraldos de la república. Anatolia había oído hablar de ellos, pero era la primera vez que se topaba con uno de cuerpo presente. Al pasar frente a los dos, el hombre les hizo un leve gesto de inclinación de cabeza y los saludó con palabras tan suaves, que sonaron casi inaudibles.

¿qué fue lo que dijo ese señor, amita?, se inquietó Talo. nos estaba dando los buenos días en nombre del gobierno, mijito

¡en nombre del gobierno!, exclamó el nieto, pues creía que ese hombre era en realidad el gobierno montado en una mula.

si, mijito, él es uno de sus mensajeros

aaah, y ¿por eso lleva esa bandera azul y roja terciada en el pecho?

es que él es una autoridad y tiene que llevar los colores de la patria, pues debes ir sabiendo, mijito, que ésa es la nueva bandera de todos

¿de todos?, replicó Talo entre incrédulo y emocionado.

pues sí, mijito, de todos; Zenito y tu papá dicen que ésa es la bandera de la hermandad y de la paz que los azules y los colorados han acordado después de estarse matando durante años y años entre ellos, y por eso debes saber que es la nueva bandera que nos obliga a todos, mijito, a todos

El azul era un azul de lapislázuli y el rojo era un rojo parecido al fruto maduro del arrayán. Ambos tenían una intensidad tan halagadora en el aire puro y liviano de la

cordillera, que Talo se sintió en un mundo distinto, lleno de promesas, y disfrutó de una alegría nueva en su corazón. Sin embargo, aquélla fue la mañana en que él conoció también la cara de la tristeza. Subiendo la cuesta del Calvario, se toparon con una procesión de hombres y mujeres de negro, caminando en fila india, con rosarios de lágrimas de Job y pañuelos blancos en las manos. Talo no entendió nada cuando la abuela le indicó que se arrodillaran a la vera del camino y se persignaran, hasta que vio pasar el pequeño muerto en su pequeño ataúd blanco a hombros de quien debió de ser su padre. Como un monumento vivo al silencio, el nieto y la abuela permanecieron postrados aun después de que terminó de pasar la fila de los dolientes.

¡y pensar que esa criatura no debía de tener más de cinco años!, dijo Anatolia soltando las amarras del tiempo detenido.

amita, y usted ¿cómo lo sabe?; ¿por el tamaño de la caja?
y por el tamaño del dolor de la madre, mijito
y ¿a dónde lo llevan?

al camposanto, que es donde deben reposar los muertos cristianos

Talo se preguntó qué cosa era el camposanto y dónde quedaba. La abuela intuyó sus inquietudes derivadas y se adelantó:

el camposanto es el cementerio de Guadalupe, la casa de todos los muertos de por aquí; el mismo donde está tu abuelo Pedro Nel

Entonces Talo se quedó mirando la fila de los dolientes, que avanzaba con la lentitud regulada de un ciempiés, y pensó que la muerte era un viaje despacio por un camino sin fin

amita, ¿hasta dónde llega el camino real?

el camino es como un río, mijito; atraviesa la tierra y no para hasta llegar al mar

Talo se alegró de conocer otra ruta que llevara al mar menos arriesgada que el curso de los ríos encadenados.

y ¿quién hizo pues este camino tan largo?

no lo sé, mi niño, pero se dice que tiene más años que la misma Tona; fijate cómo será de viejo que por aquí pasó Bolívar

¿Simón Bolívar?

sí, mijito, el mismo Libertador en persona; pero no me preguntés más que esa historia sólo la conoce bien la vieja Tona; ella era una niña cuando lo vio pasar vestido como un sol en su caballo blanco

A Talo le hervían las preguntas en la lengua mientras seguía a la abuela en silencio, respirando el olor a jazmines pervertido por un efluvio mortecino que se demoraba entre los arbustos y que él identificó con el aura de la muerte.

Cuando llegaron al Calvario, Talo recordó las instrucciones de la abuela: recogió una piedra boba del camino, la colocó al pie de la cruz y dijo en voz alta mientras se persignaba: ¡por tu descanso eterno! El muerto debía de ser muy antiguo a juzgar por el promontorio de piedras acumulado alrededor de la cruz. Sin embargo, Talo no sintió mayor curiosidad por él, tal vez porque tenía la imaginación ocupada con el niño que llevaban a enterrar y por el deslumbramiento que le produjo la visión comparada de los dos cañones. Visto desde la cima de la cordillera, San Julián le pareció un pozo vertiginoso, cuyo espacio hondo y estrecho había sido labrado, según le había explicado la abuela, por el retiro precipitado de las aguas del diluvio

universal. Al fondo del todo, el río Guadalupe era apenas un hilo de agua enredado en un lecho de piedras pardas, y su voz ya no era el sonido de un viejo violonchelo, sino el quejido lejano de un viejo moribundo. El cañón de San Juan, en cambio, le pareció una inmensa batea llena de verdor, recorrida por las aguas cristalinas de una quebrada cuya voz subía por los cañaverales como el canto de los turpiales. Anatolia rompió el encanto del momento, señalando a lo lejos con el dedo índice:

todo lo que estamos viendo, mijito, desde el borde del camino hasta la quebrada, es la finca de caña de Misael Agudelo; ahora, lo que se ve de la quebrada para allá, cogiendo todas esas lomas hasta San Basilio y volteando luego para aquel otro lado, donde nace la quebrada y el sol muere a las seis, todo eso es la hacienda del doctor Arroyave; es como Juntas, pero toda llena de cañizales

Talo contempló la inmensidad sin orillas, regodeando sus ojos en el mar de crestas de las montañas en fuga. A su izquierda, tenían la cordillera de Angostura; a su derecha la de Amalfi, y en frente la de Guanteros, la misma sobre la cual marchaban él y la abuela. Talo pensó que en algún punto tenían que juntarse las tres, formando una escalada hasta toparse con el cielo. Imaginó ese encuentro con la misma intensidad con que pensaba en el mar y en las estrellas.

¿verdad, amita, que el país azul es donde se topan las montañas con el cielo?

no, mijito, eso queda donde el cielo se junta con el mar, y las aves y los peces saltan como venados entre los dos azules

entonces yo quiero conocer algún día el país azul, y Talo volvió a pensar en la ruta de los ríos encadenados